

La Castigada*

Óscar Godoy Barbosa

—¡Pobrecita! ¡Deberíamos liberarla! —dijo Diana, con ese tono de indignación que tanto inquietaba a Javier.

El guía les había contado la historia del castigo: un mediodía, casi setenta años atrás, un campanero inexperto puso a sonar la campana en una de las torres de la Catedral Metropolitana del Distrito Federal. Don Polo, el campanero mayor de entonces, requería la ayuda de varios jóvenes para lograr que las 39 campanas tañeran al unísono en esa hora, como se lo exigían las autoridades eclesiásticas. Nadie presenció lo ocurrido, pero todo indica que el joven de 18 años no supo retirarse a tiempo y la campana, de casi dos toneladas de peso, fabricada con bronce y estaño, en uno de sus vaivenes le propinó un golpe mortal en la cabeza.

Cuando encontraron el cadáver y la noticia se hizo pública, los canónigos de la famosa iglesia, ubicada en el Zócalo, la plaza principal de la ciudad, decidieron castigar a la campana. Le retiraron el badojo, esa lengua metálica que cuelga en su centro con la función de golpear el metal y hacerlo tañer; la amarraron sólidamente

contra uno de los muros de la torre para impedir sus movimientos, y pintaron en su costado una cruz con pintura blanca, en señal de duelo por el joven fallecido. La Castigada, empezó a llamar la gente a aquella mole metálica, inmovilizada y muda, expuesta a la curiosidad de los turistas de todo el mundo que realizan el recorrido por los campanarios de la Catedral.

Así la vio Diana, conmovida, siete días antes de su regreso a Colombia. Le hizo una señal a Javier, Emiliano y Joshua —el gringo apasionado por los íconos— para que se quedaran atrás del guía y los demás turistas, y se acercó a examinarla con detenimiento. Tocó su metal tallado a mano, recorrió con sus dedos la cruz pintada, de un blanco casi desvanecido por la acción del tiempo, posó su oído contra la superficie corroída y se apartó bruscamente, como si hubiera escuchado un mensaje de auxilio desde las entrañas de metal. Un grito, un estremecimiento, hizo su camino desde La Castigada hasta el corazón de Diana.

De regreso en el apartamento, no dejaba de hablar de su experiencia:

—¡Es absurdo! —decía—. ¿Qué culpa tiene la campana de la torpeza de un

* Premio Distrital de Cuento Ciudad de Bogotá 2014.

campanero? ¿Y por qué castigar a una cosa, un objeto tan bello, por un accidente humano?

Javier estuvo a punto de decirle que su indignación por ese objeto resultaba igualmente absurda, pero desistió: conocía lo suficiente a Diana para saber que nada lograría con objetar sus apasionamientos repentinos. Por suerte, la voz de Emiliano se atravesó en su camino. Los llamaba a comer. Espaguetis, el plato que mejor se le daba. En esos últimos días, Emiliano estaba decidido a darles todos los gustos a sus carnales colombianos.

Culminaban dos años largos de la Maestría en Artes Plásticas en la UNAM. Diana y Javier, viejos cómplices desde Bogotá, acababan de cumplir con una sustentación meritoria y un título que, esperaban, serviría para algo a su regreso. Y si no servía, al menos llevaban consigo, cada uno, un par de docenas de trabajos de pintura, bosquejos, proyectos de exposiciones y de *performances*, que darían para hablar a los amigos y a la indescifrable crítica, si es que de crítica podía hablarse en su ciudad natal. Llevaban obra, decía Javier con orgullo, y eso era lo único importante.

Los invadía la tristeza al pensar en el regreso. Aquellos dos años sumaban siglos, no tanto por las clases, aunque muchas de ellas valieron la pena, sino por la cantidad de romances bien y mal vividos, de botellas de tequila escurridas hasta la última gota, de amigas y amigos y conocidos que valieron la pena, de viajes por el México profundo, de comidas y sabores y olores, de discusiones apasionadas sobre el presente y el futuro del arte, de

días con sus noches gozados a fondo en el querido D. F., que ya hacía parte de su ADN, como repetía Diana en sus horas de euforia.

Temerosa de las preguntas de la familia en Bogotá, en los últimos días Diana se había dado a la tarea de tomarse fotografías en los lugares famosos para que nadie fuera a pensar que dos años no fueron suficientes para conocer el D. F. de los turistas. Recorrieron Xochimilco, las pirámides de Teotihuacán, las ruinas de Tenochtitlán, el Museo de Antropología, la casa de Frida Khalo, el Palacio de Chapultepec, los demás museos y lugares de las guías turísticas, con dedicación casi obsesiva. Para Javier, aquel recorrido fue más un repaso nostálgico, pues cada lugar se mezclaba con rostros, con risas, con anécdotas chistosas. El último paso había sido la Catedral que nunca antes, ni en los momentos de mayor aburrimiento, les mereció una visita.

No hablaron de la campana mientras saboreaban los espaguetis de Emiliano, acompañados con vino rojo. Aunque Diana pareció ausente buena parte de la cena, intervino lo suficiente para hacerlos reír con sus anécdotas famosas de aquellos dos años, los fiascos, los desencuentros de lenguaje, y para hacerles prometer que no se olvidarían, que se valdrían de cualquier excusa para regresar al D. F. en cuanto pudieran, que abrirían sedes del grupo en Buenos Aires, en Chicago, en Bogotá, en donde pudieran verse de nuevo para sacudir conciencias aletargadas. Algo había nacido en aquella comunidad de estudiantes llegados de medio mundo, decía

Joshua en tono exaltado. Algo que no podría perderse, dijeron los otros. El internet sería el canal para mantenerse vivos. Esa noche nació el grupo que revolucionaría las artes plásticas del continente.

—Deberíamos dejar hablar a la campana.

La voz de Diana resonó en medio de la alegría desatada por el vino. Los platos vacíos se acumulaban en el fregadero, la música presagiaba una buena noche, el teléfono anunciaba la llegada de más amigas y amigos. Emiliano, Javier y Joshua la miraron con gestos de sorpresa.

—¿Qué?

—Deberíamos liberarla. Cortar las sogas, atarle un badajo y hacerla sonar como se merece. ¿Se imaginan? ¡Que el Zócalo se sacuda a medianoche por el sonido de esa campana acallada durante setenta años!

Reinó el silencio. Javier se llevó las manos a la cabeza, convencido ahora sí de que su amiga coqueteaba con la locura. Joshua reía sin saber qué decir. Lo que nadie esperaba era la reacción de Emiliano:

—¡Claro! ¡Ese podría ser nuestro primer manifiesto! ¡Un acto artístico contra la censura!

No se habló de otra cosa en el resto de la noche. A quienes fueron llegando se les puso al tanto de lo que ya era una conspiración desde el arte contra la moral y las normas establecidas. La propuesta de Diana se fue perfeccionando con los aportes de cada quien. Telefonaron a Rafael, el amigo de la facultad de ingeniería, para pedirle asesoría técnica. Buscaron información por internet. Hacia las cuatro de

la mañana, agotada la última remesa de botellas de vino comprada entre todos, el grupo ya tenía un nombre, la Hermandad de la Campana; una causa, la lucha contra todas las formas de la tontería planetaria; un plan, la conspiración para liberar a La Castigada, e incluso un manifiesto, un desordenado escrito lleno de frases eufóricas, digitadas por Amelia en su portátil, que justificaban y engrandecían el acto a punto de ser acometido.

Javier no participaba del entusiasmo general. Miraba a Diana, en medio de todos, y se preguntaba en qué momento la muchacha tímida de la que se enamoró en primer semestre, en los lejanos días de la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Bogotá, se había transmutado en la mujer que hoy era el centro de atracción de este grupo de múltiples nacionalidades, y en la líder de un plan disparatado.

Mucha agua había corrido desde sus lejanos amores. Siempre le consoló pensar que lo suyo había sido el punto de quiebre en la vida de ella, el momento de romper inhibiciones para abrirse al mundo. Javier fue testigo privilegiado de las transformaciones de Diana. Paso a paso, desde el noviazgo primerizo hasta los múltiples amantes de todo el mundo, desde la voz vacilante hasta la estudiante capaz de poner contra la pared a los profesores mediocres, desde los bodegones sin garbo hasta las pinturas desbordantes de vitalidad. Se consolaba con su papel para no pensar en eso tan complejo que los unía, que muchas veces llevó a los amigos, aún a los más discretos, a preguntarles: “bueno, pero ustedes, ¿al fin qué son?” La Diana desatada

requería de él como último refugio, como hombro para llorar, como consejero y cómplice, y también como amante para los momentos de despecho. En el fondo no eran más que un par de incondicionales, dos hermanos incestuosos, dos trazos de la misma tinta sobre papel indeleble. Por eso le aterraba su amiga de las últimas semanas. Pensar en el regreso a Colombia la había llenado de aprehensiones, como si significara ajustarse ataduras de las que el D. F. la había liberado. La veía allí, en medio de la algarabía, dispuesta a emprender una locura con tal de sembrar su huella en todos los recuerdos, y se preguntaba hasta qué punto esta era su Diana, el extracto de Diana que guardaba para sí.

Faltaba una semana para el regreso a Colombia.

Por sugerencia de Emiliano, la Hermandad de la Campana organizó tres comisiones. La primera, a cargo de Rafael y sus amigos ingenieros, para estudiar el objetivo, calcular su peso, consultar con expertos, definir la viabilidad técnica, física y matemática del proyecto, y conseguir las herramientas necesarias para que el tañido retumbara por el centro de la ciudad dormida. La segunda, liderada por Joshua, recorrería los anticuarios en busca de un badajo que se pudiera atar dentro de la campana en el momento indicado. El badajo debía tener dimensiones apropiadas de tamaño, y no ser demasiado pesado ni llamativo para que lo pudieran ingresar a la iglesia sin atraer la atención de los vigilantes. Y una tercera comisión, a cargo del mismo Emiliano, se encargó de visitar por turnos, en grupos distintos para

no llamar la atención, mimetizados entre los turistas, el sendero de las 39 campanas de la Catedral. Su misión era tomar fotografías, definir posibles escondites, dibujar el plano de los pasadizos y los tramos de escaleras que comunicaban los diversos campanarios, y establecer rutas de escape para después de alcanzar el objetivo.

Esa madrugada, Diana tuvo su primera pesadilla. Abotagado por el vino, a punto de dormirse, Javier alcanzó a escuchar los gemidos de ella y corrió a su habitación. La encontró sudando, agitada, con expresión de angustia. Tuvo que llamarla en voz alta y sacudirla para que despertara. Apenas abrió los ojos, Diana lo miró.

—¡Vi la campana! ¡La vi! —le dijo.

Luego siguió durmiendo, ahora sí dulcemente.

La Hermandad de la Campana se reunió dos noches después para conocer los avances de las comisiones. Fue la noche de los objetos. Primero llegaron Rafael y sus amigos, que sacaron de un morral una gruesa barra metálica. La habían tomado “en préstamo” de uno de los laboratorios de la Universidad. Con un peso manejable, la aleación de metales que la constituía le permitiría aguantar el peso de varias toneladas sin doblarse. Su dimensión bastaba y sobraba para introducirla en las ranuras de piedra de la parte superior del campanario. “Yo sabía que esta era”, se ufanaba Ismael, un salvadoreño grueso y simpático que pensó en aquel trozo de metal tan pronto vio las fotografías de la campana.

Junto a la barra metálica, Rafael y su grupo habían traído una cuerda gruesa,



Cuando encontraron el cadáver y la noticia se hizo pública, los canónigos de la famosa iglesia, ubicada en el Zócalo, la plaza principal de la ciudad, decidieron castigar a la campana.

pesada, extraída de una bodega, y un rústico sistema de poleas que, aseguraron, bien utilizado bastaría para izar la campana, con la fuerza de un grupo pequeño, hasta el nivel superior del campanario. Javier miraba aquellos objetos esparcidos por la alfombra. ¿En qué momento aquel grupo cordial y razonable se había comprometido con semejante proyecto? Recordó que la noche anterior Diana había tenido su

segunda pesadilla con la campana, más larga, con gemidos más agudos y el cuerpo empapado de sudor. Despertó llorando, aterrada, y al preguntarle sobre lo que había visto, de nuevo dijo no recordar nada. Debió acompañarla mucho rato hasta que volvió a cerrar los ojos.

Una hora más tarde llegó Joshua. Los ojos se abrieron de sorpresa cuando abrió su morral y extrajo un badajo antiguo, un trozo de metal con una argolla en un extremo, atada a una cuerda gruesa, y en el otro extremo una cabeza redondeada.

—¡No será el más apropiado, pero el vendedor me aseguró que así mero la hará sonar! —dijo, en su mejor español chilango.

Los gritos de júbilo. Circuló el tequila en copas pequeñas. Observar el badajo allí sobre la alfombra los convenció de algo que la barra metálica, las poleas y la cuerda no habían logrado: el complot iba en serio y no tenía vuelta atrás.

Extendieron las fotos y la información recopilada sobre la mesa del comedor. Estudiaron el horario de los recorridos guiados. Identificaron tres puertas de madera mal aseguradas a lo largo de los pasillos, que tal vez condujeran a habitaciones donde podrían esconderse hasta la medianoche. Identificaron un arrume de materiales acumulados para trabajos de mantenimiento de la iglesia, en una bodega improvisada junto a una de las escaleras, donde podrían mimetizar la barra metálica y las poleas. A los ingenieros les faltaban algunos elementos: una base rodante para mover la campana desde su puesto en la pared hasta el centro del



No tenía
remedio. Al
dar un paso al
frente, al cerrarse
la puerta, al
volverse y recibir
el beso de Diana,
Javier supo que
lo suyo con
ella no tenía
remedio.

campanario, en caso de que cayera al suelo, algunos mecanismos de las poleas, una barra pequeña para hacer palanca si tuvieran necesidad. Y les faltaba idear la forma de entrar todo aquello a la catedral, junto al grupo que ejecutaría la acción, sin desperdiciar sospechas.

A las dos de la mañana, Emiliano sugirió conformar una comisión de comunicaciones, un grupo que preparara la

noticia, le pusiera cita al mayor número posible de estudiantes, periodistas y amigos en la plaza del Zócalo, a la medianoche, para entregarles una noticia importante, una intervención artística sin precedentes, sin decirles de qué se trataba. Si llegaba la policía, si las fuerzas a cargo de la seguridad del Palacio Nacional y demás edificios del alto Gobierno que rodeaban la plaza quisieran apresar a los culpables de semejante atentado contra las instituciones, la presencia de mucha gente podría desanimarlos. Ya para ese momento el manifiesto circularía entre todos los concurrentes, en las redes sociales, en los medios de comunicación, y las imágenes circularían por la red a velocidades nunca vistas. La noticia saldría en las primeras planas de todo el mundo. La Hermandad de la Campana se haría famosa con su primer golpe.

Luego se armó una discusión sobre quiénes debían integrar el “comando” a cargo del operativo. Diana se daba por descontada, en su calidad de cerebro de la idea. Emiliano también, como coordinador de las comisiones, y además como poseedor de la espalda más fuerte y el cuerpo más atlético, capaz de cargar barra y badajo juntos, y de asumir las delicadas maniobras con la campana liberada. Joshua fue escogido sin duda, en su calidad de campeón olímpico de natación, estilo libre, antes de caer en las garras del amor al arte antiguo. Su país de origen, además, podría ser garantía de un trato cuidadoso por parte de la policía. A él se agregaron Rafael y el salvadoreño Ismael, ingenieros de formación pervertidos por

el arte, que se habían ganado su puesto por el aporte de la barra y su pericia con las poleas.

—Falta uno más —dijo Diana entonces, y se volvió hacia Javier.

Las miradas recayeron en él.

Miraron su cuerpo delgado y sus uno con sesenta y ocho centímetros. Sopesaron su temperamento tranquilo, la fuerza contenida de sus ojos, la medida de sus opiniones. Si hubo dudas, nadie se atrevió a expresarlas.

—Si los agarra la Policía se pueden meter en problemas serios. No olviden de dónde vienen —Amelia, con su acento argentino, fue la única que se atrevió a opinar.

—¿Y qué importa? ¡Igual nos largaremos dentro de cuatro días!

El desparpajo de Diana llenó de risas el apartamento, mientras a Javier le corría un frío por el estómago.

El golpe estaba preparado. La Hermandad de la Campana actuaría la noche siguiente. Por fin, setenta años después, la estructura completa de la campana colgaría de su centro natural, en el lugar del que nunca debieron desplazarla.

Cuando todos se fueron, Javier llamó a la puerta de Diana.

—¿Te volviste loca? —le dijo—. ¡No tenías derecho a meterme en esto!

—Nadie te obliga —dijo ella, con la puerta abierta a medias—. No será difícil reemplazarte.

—¡Si nos meten presos, no te imaginas las cosas que pueden hacernos! ¡Ya sabes la fama de la policía!

Javier se sintió un tanto ridículo con su dramatismo para hablar, pero ya no

aguantaba los alcances que estaba tomando esta nueva etapa de Diana.

—No es ningún delito. ¡Y tenemos amigos! ¡Y estará Joshua! ¡Y habrá periodistas! ¡Tranquilízate! —le sonrió, con esa sonrisa que lo desarmaba siempre.

Diana abrió bien la puerta. Vestía una camiseta larga en la que se transparentaban las puntas de sus senos.

—¿Quieres seguir? No me gustan las pesadillas.

No tenía remedio. Al dar un paso al frente, al cerrarse la puerta, al volverse y recibir el beso de Diana, Javier supo que lo suyo con ella no tenía remedio.

La sombra más oscura en un mundo de sombras. Así le pareció a Javier La Castigada, tan pronto traspuso la puerta y se quedó mirando la forma metálica sólidamente atada a la pared de piedra del campanario.

El resplandor del alumbrado público de la plaza del Zócalo apenas les alcanzaba para no tropezar contra las paredes y para distinguir el objeto que tanto los había obsesionado en los últimos días. A duras penas podían distinguirse unos a otros. Allí estaban Diana y Joshua, tocando la campana, examinándola palmo a palmo, como para estar seguros de la labor que se disponían a emprender. De pie contra la ventana que daba a la plaza, Emiliano se asomaba con prudencia para comprobar que amigos e invitados ya conformaran la esperada multitud, ansiosa de gritar y desatarse cuando el tañido despertara el centro del D. F. En el costado opuesto del

campanario, Rafael e Ismael se apuraban con sus herramientas y poleas.

—¡No ha llegado nadie! —murmuró Emiliano.

—Son apenas las once. ¡No te preocupes!

Pasado mañana partirían para Colombia. Por fin las cosas parecían salir bien. El tercer intento sería el bueno. La primera tarde, el guía notó la falta de algunos de sus turistas, regresó de prisa por los pasillos y encontró a Diana, Javier y Joshua antes de que pudieran esconderse. En el segundo intento encontraron un candado nuevo en la puerta que habían identificado como la más fácil de abrir para entrar y esconderse, y, para colmo, los dos ingenieros no alcanzaron a llegar a tiempo ni comprar boletas para la última visita guiada. Tuvieron que llamar de urgencia a todo el mundo para que no fueran a perder el viaje hasta el Zócalo, y encerrarse a tomar tequila y rumiar las razones de cada fracaso.

Esta tarde por fin habían tenido éxito en burlar al guía: veinte muchachos, vestidos con camisetas blancas y bluyines azul oscuro, lo acosaron con preguntas y lo rodearon para que no pudiera pasar revista a la totalidad del grupo. En cierto momento, mientras el guía hablaba, Ismael cortó con la gruesa pinza de trabajo que traían la cadena que soportaba el candado nuevo, y, tal como esperaban, lo que encontraron al abrir la puerta fue una habitación oscura y húmeda, prácticamente vacía, donde podrían esconderse. El comando entero se ocultó allí, mientras los de afuera ubicaban candado y cadena en su lugar, asegurados desde adentro, como

si nada hubiera ocurrido. En cuestión de dos minutos, la Hermandad de la Campana anotó su primer punto real, tres días después de lo planeado.

El resto del plan consistía en que el grupo seguiría acosando al guía hasta el final del recorrido y luego se dispersaría con rapidez, de manera que no pudiera llevar la cuenta de sus turistas. Al parecer había dado resultado, pues un silencio profundo se extendió por los pasillos cuando el hombre cerró la puerta del primer piso.

La barra metálica, las poleas y la cuerda se encontraban desde el primer día en el depósito de materiales identificado días atrás. Tres grupos de la Hermandad las habían entrado en sus morrales, en tres visitas distintas. El gran temor de los dos primeros fracasos vino de pensar que los obreros podrían encontrar aquellos objetos y reubicarlos en otra parte o arrojarlos a la basura; pero la suerte les sonreía: los exploradores de cada día, incluidos los de esa misma tarde, les avisaron que seguían allí y que el plan podía ponerse en marcha.

El morral de Joshua, además del baidajo, almacenaba tortas de jamón y queso, y botellas de agua suficientes para resistir la noche. Con esas provisiones se acomodaron en el piso de la habitación cerrada, e intentaron pasar las horas acurrucados unos contra otros para burlar al frío almacenado entre los viejos muros de piedra. No hicieron uso de la linterna de bolsillo que traía Emiliano y conversaron apenas lo justo, concentrados en no delatarse, mientras escuchaban los rezos y cantos de la última misa, las voces de los feligreses y el golpe seco de las gruesas puertas de

madera al cerrarse para culminar un día más de labores consagradas al Altísimo.

Tras el cierre de la puerta, los ruidos de la plaza colmaron su escondite: el paso de los autos, las charlas de turistas y transeúntes, la música de algunos restaurantes y sitios nocturnos de las cercanías, la algarabía de los vendedores callejeros.

También escuchaban otros ruidos más próximos, más inquietantes, desde adentro de la Catedral. No resultaban identificables. Algo como quejidos, como voces atormentadas, como si los habitantes de los pueblos sepultados en el terreno sobre el que edificaron la Catedral, hubieran decidido salir esa noche a recorrer sus viejos territorios.

—Es el viento —murmuró Joshua—. Son muy comunes los lamentos del viento en estos edificios viejos.

Javier podía sentir el temblor de Diana contra él. Tal vez aquellos ruidos le recordaban las pesadillas de las últimas noches. La abrazó con suavidad y la atrajo más, mientras recordaba lo que venía ocurriendo entre ellos: tres noches continuas haciendo el amor una y otra vez, como no ocurría desde los tiempos de Bogotá. Como de costumbre, cada amanecer ella había vuelto a marcar distancias, pero los sucesos de cada noche lo tenían fascinado. Cuando se acomodaron en el escondite, ella buscó estar a su lado, le dio un beso corto y se estrechó contra él en silencio, en la oscuridad, con una actitud nueva. Javier se negaba a pensar que lo hacía por frío o por miedo. Ella había cambiado desde su primer contacto con la campana, pero las últimas noches iban más allá de eso.

Cuántas veces se había empeñado en darle otro sentido a los arrebatos de Diana.

—¿Les parece si comemos? —había dicho Emiliano, siempre dueño de la situación.

Dar cuenta de las tortas los distrajo de los quejidos de la iglesia.

Las siguientes horas se escurrieron en aquel silencio extraño, colmado de ruidos a los que costaba acostumbrarse. Diana, acurrucada contra Javier, durmió un rato largo, por una vez sin pesadillas. Luego él sintió que se le cerraban los ojos y no los abrió hasta que Joshua le tocó el hombro y le indicó la hora en su reloj fosforescente.

Y allí estaban, en el campanario, contemplando a La Castigada. Ya habían trasladado barra, poleas y cuerda desde el depósito, y no hacían caso de los aullidos entre los muros, ahora más nítidos por el silencio reinante en el Zócalo. Muy de vez en cuando circulaba un auto. La música se había extinguido en los restaurantes del vecindario. Pocos transeúntes dejaban oír sus pasos por la plaza. Ismael abrió su morral y extrajo un juego de gruesos guantes de carnaza para cada miembro del comando.

Rafa e Ismael, con gran agilidad, habían ubicado la barra en las ranuras de la parte superior del campanario, y la aseguraron con sus herramientas. Luego guindaron la cuerda, que en su otro extremo ya estaba atada a la argolla de la campana, y en la mitad pasaba por el sistema de poleas. En instantes templaron la cuerda y dejaron todo listo para empezar a liberar la campana sin temor a que esta cayera sobre el suelo. Javier, aunque se reconocía torpe con todo aquello, se aprestó a

ayudarles con la cuerda. Diana no perdía detalle.

Joshua y Emiliano fueron los encargados de accionar la pinza contra la gruesa cuerda que sujetaba la campana. No resultó una labor sencilla. Javier los veía sudar mientras hacían fuerza con sus brazos a punto de estallar.

De repente la cuerda cedió y la campana quedó liberada. Los ingenieros y Javier se vieron a gatas para evitar que su peso los derrotara, y apenas pudieron sostenerla a unos cuarenta centímetros del suelo.

—¡Ayúdenme! —dijo Joshua, badajo en mano, cuando la campana se estabilizó en el centro del campanario. Diana, Javier y Emiliano se acercaron, sin saber muy bien qué se esperaba de ellos. Joshua les indicó que la empujaran hacia un lado, para poder introducirse por allí. Sus uno con ochenta centímetros se tendieron sobre el suelo, boca arriba, y con unos pocos movimientos de reptil logró introducirse dentro de aquel enorme cuerpo hueco.

Escucharon los gruñidos de Joshua allí dentro, su respiración pesada, un golpe breve del badajo contra el costado de la campana, un *fuck* apagado. Acostumbrados a guardar silencio por varias horas, temieron que los ruidos de Joshua atrajeran la atención de los soldados, del sacerdote, del vigilante, de la ciudad entera.

—¡Listo! —la voz triunfal de Joshua resonó por el campanario.

—¡Ssssshhh! —lo acallaron los demás, aterrados por el vozarrón.

Joshua salió de la campana con la respiración agitada. Sin verle la cara, su sombra rezumaba felicidad.

—¡Ahora podemos liberarla! —dijo Joshua.

—¿Puedes hablar más bajo? —por primera vez Emiliano parecía nervioso.

—Perdón —susurró Joshua en tono de broma.

Joshua y Emiliano se sumaron a los ingenieros y a Javier, que hacían esfuerzos para evitar que la campana tocara el suelo. Empezaron a tirar de la cuerda, y la campana a subir centímetro a centímetro. Diana se acercó a la ventana y miró hacia la plaza.

—¡Ya están aquí!

Javier, sin soltar la cuerda, estiró el cuerpo para mirar. En el centro del Zócalo, entre cuarenta y cincuenta personas se habían reunido y miraban hacia la Catedral. Varios soldados se acercaban a ellos.

—¡Nos van a expulsar del país! ¡No podremos regresar nunca! —murmuró Javier.

—¡Tranquilo, colombiano! ¡No estás solo! —le dijo Emiliano.

Diana se acercó para unir esfuerzos con los de la polea.

—¿Están seguros de que la barra resistirá? —preguntó Javier.

—Resistirá. No te preocupes —dijo Ismael.

Emiliano sacó ahora sí su linterna de bolsillo para alumbrar lo que hacían.

Trabajaron de manera febril durante largos minutos. Cada centímetro de ascenso se acompañaba con una callada celebración.

—¡Van a ser las doce! —dijo Javier.

—¡Tranquilo! ¡Ya casi terminamos! —dijo Emiliano.



Las siguientes horas se escurrieron en aquel silencio extraño, colmado de ruidos a los que costaba acostumbrarse.

La campana se alzaba un poco más de dos metros sobre el suelo.

Javier, con los dedos agarrotados, dio otra mirada por la ventana. Lo que vio lo conmovió. Al menos dos centenares de personas se congregaban en silencio, expectantes. Cuántos amigos entre ellos. Cuántas caras familiares de la universidad. Cuántos desconocidos pendientes de su hazaña. El número de soldados también había aumentado alrededor del gentío, pero no tenían razón para intervenir. Dos autos de la policía se habían detenido junto al costado norte de la plaza. Sus luces giratorias lanzaban destellos sobre la multitud. Por primera vez, Javier se sintió orgulloso del loco proyecto de Diana.

—¡Cuidado! —gritó Joshua, como si hubiera olvidado el mandato de la prudencia.

Y entonces Javier entendió. Como el joven campanero de don Polo, setenta años atrás, percibió un rumor sordo en la entraña del metal.

Pensó en las pesadillas de Diana. En los cambios operados en el grupo.

Y percibió el soliloquio de la campana.

Como empujada por fuerzas inexplicables, La Castigada empezó a moverse por sí misma.

La sombra oscura de la campana se alejó de sus liberadores y osciló hasta el extremo opuesto del campanario. Su tañido metálico atacó los oídos de los seis jóvenes como una explosión atómica.

En la plaza, la multitud lanzó tal exclamación de júbilo que los soldados y policías no tuvieron más remedio que voltear a mirar hacia la Catedral.

Pero Javier ya no miraba los sucesos de afuera.

Miró la sombra delgada de Diana y cayó en cuenta del peligro. Corrió hasta ella, la abrazó con fuerza e intentó apartarla de la trayectoria de la campana.

No supo nada más.

La Castigada, no contenta con haber aturdido los oídos de la Hermandad, osciló un poco más, se mantuvo en vilo en el otro extremo del campanario como si se regodeara con su siguiente crimen, giró sobre sí misma y se lanzó sobre ellos.

En la plaza, la multitud seguía vitoreando. ■